



Palabras de don Juan Carlos que avalaban la conducta de aquellos que guillotinaron a los Reyes al reconocer sus ideas.

La sombra de la guillotina

Señor director:

Días atrás la Asamblea Nacional francesa escuchó estupefacta el discurso de don Juan Carlos de Borbón, descendiente de los Capetos y representando a la más antigua monarquía de la Cristiandad, en que alababa sin reservas y en términos absolutos a la Revolución Francesa de 1789-94.

Apoyándose en unos juicios de Tocqueville que hacía suyos, fueron estas sus palabras: «El pueblo francés, al romper de repente el vínculo de los recuerdos, al pisotear sus viejos usos repudiando sus antiguas costumbres, al abandonar violentamente las tradiciones familiares, las opiniones de clase, el espíritu provincial, los prejuicios nacionales y el dominio de las creencias, proclama que la verdad sólo es una, que no cambia ni con el tiempo ni con el lugar, y que cada uno

puede descubrirla y debe atenerse a ella. En resumen, las ideas que surgieron de la Revolución francesa no triunfaron en Europa y en el mundo por proceder de Francia, sino precisamente por ser universales, por su dimensión humana».

(Nosotros creíamos que lo que hizo la Revolución fue precisamente negar la verdad como algo objetivo y uno para hacerla relativa a cada hombre, a cada partido, es decir, a la opinión pública cambiante que se expresa en la mitad más uno de los votos).

Lo que omitió el orador fue que la primera de esas rupturas con tradiciones familiares y prejuicios históricos fue derrocar la monarquía y guillotinar al rey (Luis XVI, su antepasado) y a la real familia. Y que los revolucionarios de aquel 21 de enero se disputaron el honor de que la sangre del decapitado monarca caye-

ra sobre sus cabezas y las de sus hijos.

Cabría también recordar que ya en aquel tiempo otro Capeto —Luis Felipe de Orleans—, después de votar la condena de su primo, se adhirió a la Revolución pretendiendo reinar como monarca constitucional. Y que, por esa misma triste pretensión, el tal **Felipe-Igualdad** fue también guillotinado en 1793. Tampoco los socialistas-marxistas que gobiernan hoy en este «reino» fueron más indulgentes en su revolución de 1917 con el Zar de todas las Rusias, al que se apresuraron a fusilar con toda su familia.

Los diputados de izquierda de la Asamblea Nacional —los legítimos herederos de la Revolución— no acudieron a escuchar a don Juan Carlos porque ellos no quieren de un Capeto ni aun su rendición y halago.

Rafael GAMBRA
Catedrático. MADRID